

Prefacio a los Relatos del Tejedor de Sueños

Clara Isabel Maldonado

No voy a decir su nombre, porque él está todavía paseando los caminos de alguna parte, aún sacudiendo los pasos de arena tibia, porque aún está latiendo su voz límpida en mis oídos, o, en fin, porque quizás él ya ni siquiera lleva un nombre.

Tampoco le voy a dar un nombre ficticio; se les da nombres ficticios a aquellos que nunca existieron o que ya han muerto, y él está tan vivo como estas manos trazando versos al viento esta noche de espejismos secretos a mediados de Primavera.

Yo tampoco soy ficticia, existimos los dos y aún estamos dando vueltas como hojas en el viento, aunque cada uno por un diferente camino. Sé que él existe porque muchas noches durmió a mi lado, porque di luz a sus hijos, que nacieron sonriendo, como contentos ya de estar viviendo. Ellos llevan en los ojos el testimonio de que su mágica sombra está aún protegiéndome la espalda.

Los dos somos reales, quizás todo lo demás sea ficción. Un poco mezcla de fantasías y recuerdos, y sobre todo de sus sueños, esos que murieron sin nunca haber terminado, cuando él se despertaba gritando en el medio de la noche.

No quiso resignarse a ser sólo un hombre y decidió partir a buscar por sí mismo la voz que aún no lo había llamado. La espera interminable en este limbo, en esta existencia a medias, sin ser hombre ordinario ni profeta, sin ser discípulo ni líder, sin ser oruga ni mariposa... La espera de estar simplemente orbitando en el espacio vacío que existe entre dos estados, en el medio de ninguna parte, se estaba volviendo más que una agonía, un morir continuo e incesante al no acabar de nacer. Un capullo

marchitándose antes de terminar de abrirse...mientras que yo estaba floreciendo en el otoño de mis días, aunque parezca irónico, gracias a él.

Después de muchos años aprendí que su felicidad o la mía no dependía del otro, sino de cada uno y lo dejé partir sin lágrimas, cosa extraña en mí; no sin antes quedarme con el secreto tesoro del pedazo de vida que dejó en mi vientre y el regalo que me dejó en la mente: sus sueños. En ellos continuamente me visita, se repite, se realiza una y mil veces y de mil y una formas distintas. Torpemente entretejé algunos de sus sueños con palabras, aunque no todos, porque son tantos como las noches que pasamos juntos y de las que perdí la cuenta. Esos pocos sueños se los entrego ahora al mundo como entregaré un día sus cenizas al viento, tal como me lo pidió, porque sé que tarde o temprano vendrá a mí, aunque sea para despedirse.

Así pues, enjuagué mis ojos y los abrí limpios una mañana, justo a tiempo para alcanzar a ver, por fin, la realización de su larga y penosa metamorfosis...